



DIOCESE OF ROCKVILLE CENTRE
OFFICE OF THE BISHOP

Agosto 12, 2020



“Mediums” y la Fe Católica Una Carta del Obispo John O. Barres

Queridos Amigos:

El año 2020 ha sido, sin duda, uno de los años más difíciles en la historia reciente. La lista de pruebas y desafíos que enfrentamos muchos de nosotros está más allá de cualquier deducción, y muy pocos de nosotros hemos escapado al profundo dolor de perder a alguien que amamos. Por muy abrumadoras que sean las cifras en la prensa, a menudo sólo cuando la muerte golpea cerca de casa sentimos la carga de tiempos como estos de una manera profunda. Todo el que muere es una madre, un padre, un abuelo, un vecino o un amigo; por cada fallecimiento hay un grupo, grande o pequeño, que sufre la pérdida y ahora encuentra un vacío en sus vidas. Estos tiempos de pérdida nos recuerdan con agudeza una realidad fundamental que nos une en nuestra humanidad: la experiencia de la muerte, de la mortalidad, el inevitable sufrimiento que nos lleva a todos fuera de este mundo.

Sin embargo, igual de universal es el rechazo del espíritu humano a aceptar la muerte como el fin. A lo largo de los tiempos y en todo el mundo, casi todas las culturas tienen la creencia fundamental de que hay "algo más". Los egipcios construyeron pirámides llenas de artículos esenciales para la vida después de la muerte; los emperadores chinos dejaron atrás sus guerreros de terracota para protegerlos en la eternidad; los vikingos anhelaban morir en la batalla para poder darse un banquete para siempre en los salones del Valhalla; y por supuesto como cristianos creemos que el alma vive aún después de la muerte del cuerpo. Algo en lo profundo de nosotros se rebela contra la idea de que podríamos desaparecer como si nunca hubiéramos existido. Nos aferramos a la creencia que nosotros y aquellos que amamos no estamos sujetos a la nada eterna.

Pero la naturaleza humana siempre busca seguridad y un supuesto camino cada vez más popular para esa seguridad es acudir a los “médiums”. En la televisión y en Internet vemos innumerables “médiums” que viajan a lo largo y ancho asegurando que conectan a los afligidos con sus seres queridos en el "otro lado". Algunos han alcanzado un estatus de celebridad, con listas de espera que se extienden por años y atraen a miles de personas a sus espectáculos en vivo. Sabiendo cosas que aparentemente no deberían saber, son capaces de persuadir a un miembro de la audiencia de que están hablando con el difunto, compartiendo mensajes de consuelo, perdón y aliento. A veces, hasta anuncian que son católicos practicantes y, es entendible, esto le parece a muchos una bonita obra de fe, que trae alivio a los desconsolados.

Y ahora, qué encontramos en las Escrituras?

No ha de haber en ti nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, que practique adivinación, astrología, hechicería o magia, consulte a fantasmas y espíritus, ningún encantador ni consultor de espíritus o adivinos, ni evocador de muertos. Porque todo el que hace estas cosas es una abominación para Yahveh tu Dios y por causa de estas abominaciones desaloja Yahveh tu Dios a esas naciones delante de ti.¹

Así de firme encontramos las enseñanzas del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

“Todas las formas de adivinación deben rechazarse: el recurso a Satán o a los demonios, la evocación de los muertos, y otras prácticas que equivocadamente se supone “desvelan” el porvenir. La consulta de horóscopos, la astrología, la quiromancia, la interpretación de presagios y de suertes, los fenómenos de visión, el recurso a “médiums” encierran una voluntad de poder sobre el tiempo, la historia y, finalmente, los hombres, a la vez que un deseo de granjearse la protección de poderes ocultos. Están en contradicción con el honor y el respeto, mezclados de temor amoroso, que debemos solamente a Dios.”²

Estas listas pueden ser un poco sorprendentes, más allá de la simple inclusión de los médium. Los horóscopos están en los diarios y los psíquicos están en todas partes. Los tableros de ouija, comercializados para niños de ocho años en adelante, supuestamente llegan a los muertos, sugiriendo alegremente, “Tienes preguntas y el mundo de los espíritus tiene respuestas.” Nadie busca ofender a Dios o llamar a los demonios en estas prácticas; es sólo cuestión de buscar respuestas, de tratar de entender la pérdida y encontrar una resolución. ¿Por qué entonces nuestra fe es tan contundente en su prohibición?

¹ Deuteronomio 18:10-12

² *Catecismo de la Iglesia Católica*, ¶ 2116

Tal vez, en primer lugar, porque los peligros de estas prácticas no son obvios, lo que las hace más peligrosas. Mientras que el deseo de conectarse con los muertos y encontrar esperanza en la pérdida puede parecer perfectamente cristiano, las prácticas condenadas por nuestra fe en realidad corrompen esos buenos deseos y nos alejan más de Dios. ¿Cómo? Podemos hablar de dos peligros ocultos asociados con cualquier forma de adivinación, pero especialmente con los médiums consultores: primero, las prácticas intentan burlar a Dios; segundo, para decirlo claramente, aunque de forma aterradora, al hacerlo ellos lo exponen a uno a la influencia demoníaca.

Vamos a considerar el primer peligro. Puede parecer que consultar a un médium no tiene por qué surgir del deseo de eludir a Dios, porque la creencia en el más allá supone inherentemente una creencia en Dios. Sin embargo, si reflexionamos, ¿no es exactamente lo contrario? Cuando visitamos un médium, estamos mostrando implícitamente que la creencia en Dios no es suficiente; necesitamos saberlo por nosotros mismos. Cuando alguien parte de este mundo, como personas de fe lo encomendamos a Dios, “En cambio, las almas de los justos están en las manos de Dios y no les alcanzará tormento alguno.”³ Creer en un Dios amoroso es confiar en que no debemos temer por las almas de los difuntos, ya que están en Su misericordia. Sin embargo, nuestro deseo de saber más en nuestros propios términos es sintomático de una mentalidad común en nuestro mundo, tal vez mejor resumida por la línea, “Soy espiritual, no religioso.”. Nuestro mundo quiere aferrarse a la creencia en lo espiritual y lo eterno sin las limitaciones de la fe en Dios. Encontramos mucho más consuelo, sí es un falso consuelo, al oír que todos están en paz en la vida eterna, que al pensar en un juez eterno al que nos enfrentaremos al momento de nuestro fallecimiento. Estos deseos de un cielo sin Dios, de un poder sobre lo eterno separados de Él, en última instancia “contradicen el honor, el respeto y el temor amoroso que debemos a Dios solamente”. De hecho, tales prácticas y actitudes violan directamente el primero de los Diez Mandamientos (“No habrá para ti otros dioses delante de mí.”)⁴ al tratar de “evitar a Dios”, al demostrar una falta de fe en Él, o al intentar ejercer nuestro propio control sobre las realidades espirituales que le pertenecen a Él.

La segunda objeción a los médiums, que ellos están conectados con lo demoníaco, puede ser una alarmante sorpresa. Muy pocos dirían que a propósito están buscando en un médium lo demoníaco y la mayoría de los médiums mismos negarían de corazón que estén asociados con lo demoníaco. Sin embargo, cuando miramos la historia de nuestra fe, es sólo en circunstancias excepcionales que Dios permite a los muertos hablar con los vivos y generalmente no es porque los vivos los hayan buscado. Como escuchamos en la historia del rico y Lázaro, cuando el rico pide a Lázaro que advierta a sus hermanos, Abraham responde, “Tienen a Moisés y a los profetas; que les oigan.”⁵

³ Sabiduría 3:1

⁴ Éxodo 20:3

⁵ Lucas 16:29

Entonces, ¿con quiénes están hablando los médiums? Sabemos que hay dos poderes trabajando en el mundo invisible: el bien y el mal. Mientras Dios y sus ángeles nos protegen y tratan de llevarnos al cielo, satanás y los otros ángeles caídos buscan hacer lo contrario. Estamos atrapados en una batalla eterna y, aunque Cristo ya ha ganado la victoria en su Cruz y Resurrección, el diablo todavía puede ganar almas, ya que todos tenemos la libertad de elegir nuestro destino eterno. Hay poderes entonces, más allá de nosotros, esperando que los invitemos libremente a nuestras vidas, y hacemos exactamente eso alcanzando ciegamente lo sobrenatural. Además, al usar métodos que intentan burlar a Dios y a su Iglesia, hacemos más probable que sólo encontremos fuerzas insidiosas. En pocas palabras, cuando nos involucramos con espíritus aparte del Espíritu Santo, nos metemos en problemas. Incontables exorcistas, bien familiarizados con el trabajo de los demoníacos, advierten que los médiums, las tablas ouija y similares son una invitación abierta a las influencias demoníacas y un medio primario a través del cual entran en el mundo. Teniendo un Dios que viene a nosotros tan abiertamente y amorosamente en la luz, ¿por qué recurrir a métodos que nos abren al mal que acecha en la oscuridad?

Por lo tanto al recurrir a médiums u otras prácticas ocultas⁶, intentamos verdaderamente “divinizarnos”, tomando en nuestras manos lo que pertenece sólo a Dios y perturbándonos a nosotros mismos poniéndonos en grave peligro. Aunque podemos comenzar con sanas intenciones, nos alejamos de la luz y pecamos contra Dios en ambos sentidos. Nuestro primer instinto debería ser el de reparar estos pecados contra la Fe, que es lo que la Iglesia nos llama a hacer principalmente a través del Sacramento de la Confesión. A través de este hermoso sacramento, los católicos experimentan la misericordia y el perdón de Dios y se llenan de paz. Todos son animados a hacer uso frecuente de este Sacramento de la Divina Misericordia.

Pero igualmente importante es, para evitar la propagación de estos males, plantearnos dos preguntas oportunas: ¿por qué tantos recurren a los médiums en lugar de a la Fe, y cómo podemos compartir mejor la esperanza de nuestra fe para hacer menos atractivo el recurso de tales prácticas?

⁶ Además de los psíquicos y médiums, nuestra Fe Católica considera muchas prácticas de la "Nueva Era" y del ocultismo incompatibles e incluso dañinas para nuestra Fe. Algunos ejemplos incluyen el Reiki, el Yoga (cuando incluye componentes espirituales, en oposición a los ejercicios estrictamente destinados a la aptitud física), la meditación trascendental, la Wicca, la brujería, la hechicería y, por supuesto, el satanismo. Para más lecturas sobre este tema, por favor vea el Documento conjunto del Consejo Pontificio de la Cultura y el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso sobre la espiritualidad de la Nueva Era titulado "Jesucristo el Portador del Agua de la Vida": Una reflexión cristiana sobre la Nueva Era" (2003).

Muchos recurren a los médiums, sobre todo en nuestros tiempos, porque la fe se ha enfriado. El veinte por ciento de los estadounidenses se clasifican como "no", sin afiliación religiosa, y el trece por ciento de los adultos estadounidenses son ex-católicos. Además, hoy en día los avances tecnológicos y el relativismo moral han adormecido mucho nuestra necesidad de Dios en esta época de independencia radical y autodeterminación. A pesar de ello, en momentos de sufrimiento y pérdida, la ilusión de esa independencia y control desaparece y la oculta fragilidad humana se manifiesta por sí misma. Sin embargo, en lugar de volver a la Fe y todo lo que ésta requiere, la visita a un médium nos permite mantener una falsa sensación de control. Sin exigir nada más de nosotros que el precio de la entrada, el misterio de la muerte se conecta y recibimos la seguridad inmediata de que el alma vive y nuestros seres queridos nos esperan. Lo mismo puede decirse de la consulta a los psíquicos o a los horóscopos sobre el futuro; ganamos tranquilidad con el conocimiento y el control sobre el misterioso futuro, sin tener que confiar en la providencia y el amor de Dios por nosotros.

Pero esta paz mental depende de la ilusión de control, la cual inevitablemente se disipará la próxima vez que nos encontremos con una pérdida o incertidumbre. Nuestra fe en Dios, por otro lado, se basa en una rendición, y esta rendición puede proporcionarnos una paz muy diferente y duradera. No estamos llamados a dar sentido a misterios inefables como la muerte, sino que estamos llamados a confiar en Dios, que es amor puro. No es fácil renunciar a nuestro deseo de respuestas, pero al final encontraremos mucho más consuelo confiando en el Dios misericordioso y amoroso que murió por nosotros y nos da todo lo que necesitamos para encontrar la alegría con Él en el cielo.

No necesitamos ir a un médium para hablar con los muertos, porque podemos rezar. Y aunque un médium nos lleve a sentirnos a gusto, sabemos que el mayor servicio que podemos ofrecer a los muertos son nuestras oraciones; ellos necesitan nuestras oraciones y nunca debemos dejar de rezar por ellos. Nuestra fe nos da la confianza de saber que podemos hablar con Dios, que a través de Él nuestras oraciones elevan a los que amamos, y que a través de Él sus oraciones por nosotros nos ayudan en nuestro propio camino. Mientras rezamos en la vigilia por los muertos, “Creemos que todos los lazos de amistad y afecto que nos unen como uno a lo largo de nuestra vida no se deshacen con la muerte.”⁷ No necesitamos un tercero que nos conecte con los muertos, ya estamos conectados.

Como católicos, a través de la doctrina de la Comunión de los Santos, creemos en la amistad que va más allá del abismo de la muerte. Nunca estamos más cerca de los muertos que en la Misa Católica donde rezamos por las almas de los muertos y recibimos el consuelo y la fuerza de esa oración. Santa Mónica, la madre de uno de los más grandes teólogos de nuestra fe, San Agustín, dijo a sus hijos, “Entierren mi cuerpo donde quieran; no dejen que el cuidado de él les cause ninguna preocupación. Sólo os pido una cosa: que me recordéis en el altar del Señor dondequiera

⁷ *Orden de los Funerales Cristianos* (Totowa, NJ: Catholic Book Publishing Co., 1997), X.

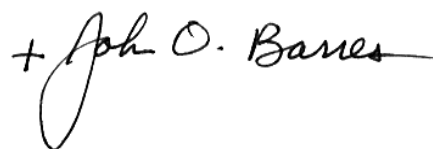
que estéis”. Reflejando la misma fe profunda, al final de su vida, una madre le dijo a su familia: “Cuando me vaya, búscame en el altar durante la Misa, porque ahí es donde está Jesús. Donde está Jesús, ahí es donde me encontrarán”.

En este tiempo en el que tantos experimentan la pérdida, nos reunimos enfrentando el velo que nos separa de la eternidad y nos enfrentamos a la pregunta, “¿A quién iremos?”⁸ Podemos buscar consuelo en los médiums y otras prácticas ocultas, pero entonces estamos confiando solamente en nuestra propia humanidad rota, o peor, poniendo nuestra confianza en el mal que ronda detrás de ese velo, un mal listo para manipularnos y disminuir nuestra fe en Dios. O podemos poner nuestra confianza en Jesucristo, el que sufrió las tinieblas de la muerte y regresó para asegurarnos de lo que hay más allá. Como nos dice en el Evangelio de Juan:

No se turben; crean en Dios y crean también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. De no ser así, no les habría dicho que voy a prepararles un lugar. Y después de ir y prepararles un lugar, volveré para tomarlos conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes.⁹

Confiamos en la promesa de Cristo de que sólo por su gran amor por nosotros y su muerte en la cruz, nosotros y nuestros seres queridos tenemos la esperanza de venir al Padre. Que sigamos rezando por todos los difuntos, para que sepan de nuestro amor y que podamos estar seguros de que son las manos de su Padre amoroso y misericordioso. Que todos permanezcamos en sus manos, sabiendo que no tenemos que temer y que nuestros corazones no tienen que estar preocupados. Más bien, si permanecemos cerca de Él, algún día nos uniremos a Él y nos reuniremos con aquellos que amamos por toda la eternidad.

Los saluda atentamente en Cristo,

A handwritten signature in black ink that reads "+ John O. Barres". The signature is written in a cursive style with a large, looping initial 'J'.

Reverendísimo John O. Barres
Obispo de Rockville Centre

⁸ Juan 6:68

⁹ Juan 14:1-6